

Los Criterios de La Verdad

Durante mi visita a Londres y París el año pasado (1911) tuve varias charlas con filósofos materialistas de Europa. La base de todas sus conclusiones es que la adquisición de los conocimientos de los fenómenos está relacionada con una ley fija e invariable, una ley matemáticamente exacta en sus operaciones a través de los sentidos. Por ejemplo, el ojo percibe una silla; por consiguiente no hay duda de la existencia de la silla. La vista se dirige hacia los cielos y contempla el sol; veo flores sobre esta mesa; percibo su fragancia; escucho sonidos afuera, etc. Éstos dicen, que es una ley fija matemática de percepción y deducción, cuyos resultados no dan lugar a duda; porque, como asimismo el universo está sujeto a nuestros sentidos, la prueba es evidente de que su conocimiento debe ser alcanzado a través de la perspectiva de estos sentidos. Es decir, los materialistas anuncian que el criterio y norma del conocimiento humano está en el sentido de la percepción.

Entre los griegos y romanos el criterio del conocimiento fue la razón; aquello que se puede demostrar y que es aceptable para la razón debe necesariamente ser admitido como una verdad.

Una tercera norma o criterio, es la opinión sostenida por los teólogos de que las tradiciones o declaraciones proféticas e interpretaciones, constituyen las bases del conocimiento humano.

Hay todavía un cuarto criterio sostenido por los religiosos y metafísicos quienes creen que las fuentes y conductos de penetración humana hacia lo desconocido se encuentran a través de la inspiración.

Resumiendo, entonces estos cuatro principios o criterios, de acuerdo a las declaraciones de los hombres son: 1º La Percepción. 2º La Razón. 3º La Tradición y 4º La Inspiración.

En Europa expliqué a los filósofos y científicos del materialismo que el criterio de los sentidos no es digno de confianza. Por ejemplo, considerad un espejo y las imágenes reflejadas en él. Estas imágenes no tienen en realidad una existencia material. Sin embargo, si no se ha visto jamás un espejo se puede firmemente insistir y creer que esas imágenes son reales. El ojo humano puede percibir el espejismo de un lago de agua en las arenas de un desierto, pero no hay realidad en ello. Si permanecemos en la cubierta de un buque y contemplamos la orilla de la costa, veremos que ella parece moverse. Sin embargo que la tierra está firme y que somos nosotros los que nos movemos. Se

creía que el globo terráqueo estaba fijo y que el sol daba vueltas a su alrededor; parece serlo así; pero se sabe que la verdad es lo contrario. Una antorcha giratoria impresiona la vista con un círculo de fuego, sin embargo comprobamos que sólo hay un punto de luz. Percibimos una sombra moviéndose sobre la superficie pero en realidad no tiene existencia material, no tiene substancia. En los desiertos los efectos atmosféricos son particularmente productos de ilusiones que engañan fácilmente la vista. Una vez vi un fenómeno de espejismo en el cual una caravana completa semejaba viajar hacia arriba en pleno cielo. En el lejano norte otros ilusorios fenómenos aparecen y desconciertan la visión humana. Algunas veces tres o cuatro soles, llamados por los científicos “soles engañosos” brillan al mismo tiempo, siendo así que sabemos que el astro sol es uno y que permanece fijo. En suma, los sentidos son engañosos continuamente y no podemos separar aquello que es realidad de aquello que no lo es.

Con relación al segundo criterio, la Razón, es asimismo incierta y no puede dependerse de ella. Este mundo es un océano de variadas opiniones. Si la razón es la norma y criterio perfectos del conocimiento, ¿por qué las opiniones son tan variadas y por qué los filósofos están siempre en completo desacuerdo? Ésta es una prueba clara que la razón humana no debe tomarse como un criterio infalible. Por ejemplo, grandes descubrimientos y principios científicos de siglos anteriores son abandonados y descartados por los hombres de ciencia de nuestros días. Matemáticos, astrónomos, científicos, químicos, continuamente desaprueban y rechazan las conclusiones de sus predecesores; nada es terminante, nada es final; todas las cosas están cambiando porque la razón humana está progresando dentro de nuevos caminos de investigación y llegando a nuevas conclusiones día por día. En el futuro mucho de lo que hoy es aceptado como una verdad, será rechazado y abandonado. Y así se continuará hasta el infinito.

Al considerar el tercer criterio, la Tradición, sostenida por teólogos como una ruta y norma de conocimiento, encontramos esta fuente igualmente incierta y no digna de confianza. Porque las tradiciones religiosas son el relato y registro del entendimiento y las interpretaciones del Libro Sagrado. ¿Por qué medios se ha llegado a este entendimiento e interpretación? Por medio del análisis de la razón humana. Cuando leemos el libro de Dios, la facultad de la comprensión con la cual formamos conclusiones, es la razón. Razón es mente. Si no estamos dotados de una perfecta razón, ¿cómo podremos comprender los significados de la Palabra de Dios? Por lo tanto, el razonamiento humano, como se ha señalado anteriormente, es por su propia naturaleza limitado y defectuoso en sus conclusiones. No puede circundar la Realidad misma, la Infinita Palabra.

Puesto que la razón humana es la fuente de la tradición y de la interpretación, siendo ella defectuosa, ¿cómo podemos depender de sus descubrimientos para alcanzar el verdadero conocimiento?

El cuarto criterio que he citado, es la Inspiración a través de la cual se alcanza la Realidad del conocimiento. ¿Qué es inspiración? Es el flujo del corazón humano. Pero, ¿qué son los satánicos impulsos que afectan la humanidad? Son también flujos del corazón. ¿Cómo podríamos diferenciarlos? Aquí se presenta una pregunta. ¿Cómo sabremos si seguimos la inspiración de Dios o las tentaciones satánicas del alma humana?

En suma, el punto es que, en el mundo de los fenómenos materiales humanos, éstos son los únicos cuatro criterios o medios del conocimiento y todos ellos son defectuosos y no dan confianza. ¿Qué queda entonces? ¿Cómo alcanzaríamos la Realidad del conocimiento? Con el aliento e impulso del Espíritu Santo, que es la Luz y Conocimiento en sí mismo. A través de Él, la mente humana es vivificada y fortalecida en verdaderas conclusiones y conocimientos perfectos. Este es un argumento terminante que demuestra que todos los criterios humanos disponibles son errados y defectuosos y que la Norma Divina del conocimiento es infalible. Entonces el hombre no se justifica al decir: “Yo sé porque lo percibo a través de mis sentidos”, o “Yo lo sé porque está probado por la facultad del razonamiento”, o “Yo lo sé porque está de acuerdo la tradición e interpretación del Libro Divino”, o “Yo lo sé porque estoy inspirado”.

Todas las normas humanas de discernimiento son defectuosas, limitadas.